

EL MOTÍN



Año XXXIX

Madrid, Domingo 9 de Noviembre de 1919

Número 32.

EL MOTÍN PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA

Dimisión de su presidente

El presidente de la Asociación de la Prensa, D. Miguel Moya, ha hecho pública la siguiente carta:

«Señores de la Junta directiva de la Asociación de la Prensa.

Mis queridos amigos: Si es verdad que quien no obra como piensa no piensa por completo, no podrá sorprender á ustedes el breve contenido de esta carta.

Conocidas mis opiniones de siempre, no creo necesario decir (que soy fervoroso partidario de la sindicación (sindicalismo, nunca) de los periodistas para su dignificación y mejoramiento, y que la considero inaplazable en las horas presentes de tan negro vivir. No puede haber en esto ninguna equívoca. Dondequiera que mi opinión podía ser oída y mi voto pesado, nadie negará que siempre he puesto de acuerdo los actos con las propagandas.

Pero una reforma no es sólo un programa: es también un procedimiento, una regla de vida, una conducta; y como los tiempos son de fiebre, de pasión y de odio, y aun cuando desearo vivamente evitarlo, pudiera verme obligado á decir ó hacer algo que considero incompatible con el carácter patriarcal que durante tanto tiempo he querido dar á la Presidencia de la Asociación de la Prensa, pongo en manos de ustedes la renuncia irrevocable de mi cargo.

Asistido por la confianza y el cariño entrañable de todos, he sido, desde su fundación, veinticuatro años, presidente de nuestra Asociación amada. Ya no lo puedo ser.

Ustedes, que me conocen bien, saben toda la amargura de esta confesión que les debo. Me consuela, sin embargo, pensar que no será nunca más que periodista; un periodista que, dondequiera que se encuentre, no consentirá que nadie le ventaje en querer y servir á sus compañeros.

De ustedes buen amigo, Miguel Moya.
Octubre 29, 1919.»

Presentada en estos momentos esa dimisión por otro cualquiera que ejerciese el cargo de presidente de la Asociación de la Prensa, todas las alabanzas que yo le prodigase me parecerían pocas. A Miguel Moya creería ofenderle dedicándole el menor elogio: parecería que ignoraba la delicadeza y la corrección con que obra siempre.

Y que todos los periodistas lo sabemos está en haberle mantenido veinticuatro años en ese cargo á que hoy tan digna y gallardamente renuncia y en cuyo desempeño no logrará excederle ningún otro, por mucha inteligencia que posea, mucha voluntad que ponga y por mucho que ame la profesión de periodista.

[JOSÉ NAKENS

PLEITO SIN PIES NI CABEZA

MI ALEGATO

Dirigiéndose á los comediantes franceses, deciales recientemente su compatriota el ingenioso y celebrado autor Roberto de Fler:

«Hágase lo que se hiciera, es imposible establecer la asimilación entre el artista y el obrero. Un teatro no es ni será nunca un taller, una fábrica, y esto por profundas razones que todas las «Compañías Generales del Trabajo» que hay en el mundo no acertarían á modificar. Todos los obreros de un mismo taller ejecutan igual faena, sobre poco más ó menos, y entre ellos forzosamente desaparece la individualidad. Por el contrario, en una compañía teatral, el último figurante, la figurante más modesta, han sido contratados por su persona, por su traza y su talento, y cada cual de vosotros, desde el más grande al más pequeño, tiene su propia personalidad.»

Si esto es tan exacto en los comediantes, aun teniendo, como tienen, imperiosas obligaciones de comunidad, y horas de oficina, de coro, de ejercicio, tan fijas é ineludibles como las del empleado en su oficina, el fraile en su convento y el militar en su cuartel (qué diremos del periodismo, de esfera tan amplia é imprecisa, de acción tan multiforme é ilimitada, de componentes tan variados y sueltos, de ocupaciones y aptitudes tan sumamente distintas unas de otras?

Por la personalidad, sea la de Lorenza na ó la de Peris Mencheta, la de Stanlev ó la de Rochefort, la de Gordon Bennett ó la de Maraver el del *New York Herald* ó la de Maraver el del *El Cencerro*, es cada cual quien es en el periodismo, escribiendo en su casa, en la redacción ó en el café, organizando y dirigiendo un periódico, ó atravesando el África en busca de Livingstone por encargo de una empresa... y por gusto propio.

Y esa personalidad, á que en mayor ó menor grado, dentro de tales ó cuales facultades, aspira todo el que ofrece á la Prensa su capacidad y su trabajo, no se obtiene sino por medio de la libertad: libertad que, naturalmente, está condicionada en cada individuo, como todas las libertades públicas y privadas, por el derecho ajeno.

Lo que no debe ni puede ser es que el derecho de Pérez, Gómez y Rodríguez se transforme en brutal tiranía á costa de Fernández, Ruiz y Ortiz.

De todas las artes definidas como liberales, ninguna es tan liberal como la del periodismo.

Llámanse así «las artes que requieren principalmente el ejercicio del entendimiento» y se denominan liberales por la ilimitada, por la incoercible libertad que necesita el entendimiento para producirse en cualquiera de sus diferentes é innumerables manifestaciones.

¿Hay quienes pretenden abolir esa libertad, reemplazándola con una rígida y estrecha reglamentación gremial, donde la personalidad del escritor, sometida á las más absurdas trabas, se disuelva entre las medianías y las nulidades que componen el «montón anónimo» contra la cual vienen protestando secularmente los que no aciertan á destacarse sobre él? Pues esos son los que, renunciando al libre ejercicio del entendimiento y no estimándose en más que un «mozo de cordel ó un limpiabotas», vienen á dar la razón á quienes les tratan como jornaleros de la más baja categoría.

Un escritor viejo y pobre, pero jamás cansado ni rendido, modelo de altiva y ruda independencia (he nombrado á José Nakens), ha reproducido el otro día un artículo suyo, con veinte años de fecha, titulado *El periodista jornalero*.

He aquí la apostilla que le pone:

«Continúo pensando, como en 1899, que los periodistas tienen derecho á ganar más, pero no á convertir en oficio mecánico su profesión.»

Con perdón de Nakens, yo creo que sí: que tiene derecho á equipararse, no ya con el carpintero, el zapatero y el albañil —en cuyos oficios puede destacarse brillante y lucrativamente la personalidad—, sino con el pocero, el porquero ó el simple cargador de fardos.

Si el que no se conceptúe útil para más tiene perfecto derecho para «convertir en oficio mecánico su profesión» y buscar el medio de obtener ganancias iguales, por lo menos, á las que obtienen los cocheros de punto y los camareros de café.

A lo que no tiene derecho es á juntarse con el camarero, y el cochero y el limpiabotas, y el mancebo de la tienda de comestibles, para imponer su reglamentación frañula y su rigidez cuartelera, á toque de campana y á toque de corneta, á aquellos que en la variada é ilimitada esfera del periodismo han afirmado su personalidad, por medio de una libertad, que ¡ay! hartas cortapisas tiene, internas y ex-

ternas, para que ahora se le añada un despotismo colectivo y de ignoto origen—como el *fatum* de la antigüedad—que sin comerlo ni beberlo, me obliga á «solidarizarme» con los picapedreros que han proclamado la huelga en Valle Hermoso.

El periodista que se tenga por picapedrero está en su pleno derecho para «solidarizarse» con él; pero que deje en paz, y sobre todo en libertad, al que harto hace con ir viviendo con su *personalidad* sin arrojarse en una sima de oscura confusión donde sóloamente han de revolverse á gusto de la medianía fracasada y la impotente nulidad.

¿Cómo puede entrar en ese obligatorio *pandemonium* el que, además de excelente y brillante periodista en constante servicio, es catedrático, médico, abogado, militar, clérigo, funcionario público, etcétera? Los hay que son ex ministros, capitalistas y patronos; pero antes que otra cosa, periodistas. ¿Quién los iguala con los que sólo aceptan y estiman al periodista como un operario meramente mecánico ó como un simple jornalero?

Quienes se tengan por tales, allá ellos, y que sus ignotos dioses les lleven á la mayor prosperidad que de todas veras me recen y de todo corazon les deseamos; mas no pretendan despojar al periodismo de su primera condición, que es la *libertad*, y de su único y «espiritual blasón, que es la *personalidad*.

Al campo, y no hay campo más ilimitado que éste, no se le puede poner puertas. Y á la libertad, menos.

¡Libertad, libertad sacrosanta! ¡Libertad, libertad para todos! Sindicáense quienes gusten de sindicarse, sin que nadie les vaya á la mano y sin que ellos hagan á nadie la forzosa. Ni prohibición ni tiranías por parte de los unos ni despoticas imposiciones por parte de los otros... á menos que esto que llaman la «guerra social» no sea la guerra francamente declarada por la demencia de arriba y de abajo al sentido común y al instinto de conservación.

MARIANO DE CAVIA

Querido Mariano: Conforme con cuanto dices en el anterior artículo publicado en *El Sol*.

Estoy curado ya de todos los espantos. Cercano á los cuatro duros de edad (contando por reales) sería ridículo que me admirase de nada. Te confieso, sin embargo, que he sentido dos conatos de sorpresa desde que se ha puesto en moda lo de los sindicatos: el uno al enterarme de la huelga de los médicos, y el otro al saber la constitución del sindicato de Periodistas. Me hubiera parecido más lógica la sindicación del aceite con el agua.

Me sonrío al pensar que alguna vez incurri en la vulgar tontería de llamar sacerdotes de la Ciencia á los médicos y del Progreso á los periodistas. Y hasta á colocarlos por cima de los de la religión. ¡Buenos están los tres sacerdocios! Todos contradicen lo que predicán, apoyándose en esta frase: *hay que vivir*; necesidad que á todos se nos impone, aunque algunos no creamos que debe tomarse casi exclusivamente en el sentido que la hubiera

interpretado Sancho, de haberse inventado en su tiempo.

(Y ahora que he pronunciado esa frase, abro un paréntesis para decirte que á propósito de ella, y de esta otra *eso es muy humano*, que hoy suele emplearse para disculpar indignidades, cuando no canalladas, pensé hace días en excitarte á que tomaras cuanto antes posesión de tu plaza de académico, para añadir un nuevo servicio á los muchos que á la lengua castellana has prestado: el de proponer que, por anticuadas, pasen á la escala de reserva ciertas palabras, entre ellas las de *dignidad*, *decoro*, *altivez*, *independencia*, etc., etc., y que á la vez se varíe el significado de estas otras: *honor*, *desinterés*, *nobleza*, *abnegación*, etc., etc., dándoles el que hoy verdaderamente tienen; no sólo para que sea tomada cada palabra en su moderna acepción, sino también para evitar que quienes las entienden y emplean en la antigüedad sean tachados de románticos, idealistas, y lo que es peor aún: de presuntos inquilinos del manicomio.)

Y terminado el paréntesis, voy á decirte lo que más me extraña en los periodistas sindicados: la poca confianza que tienen en sí mismos, siendo jóvenes la mayor parte y con innegable talento algunos de los que personalmente conozco y otros de quienes me hablan. Aplaudo su justa aspiración á alcanzar algo de lo mucho que merecen, pero me conduelo de que soliciten ayuda para conseguirlo. ¡Desconfiar de sí propios; sentirse cobardes ante la lucha por la vida á la edad en que todo triunfo parece fácil y ninguna empresa se juzga dificultosa! ¡En que el fracaso sirve de alcatraz al esfuerzo y centuplica la voluntad! Esto es lo que más me extraña y lo que más lamento.

Me felicito de haber confiado siempre en mí, pues esto me ha impedido supeditar en ninguna ocasión mi criterio á mi conveniencia y enorgullecerme con los elogios que han hecho de mi conducta periodística dos próceres de la Prensa española: Bonafoux y tú. Tú, en el artículo anteriormente copiado. Y Bonafoux, en el que á continuación reproduzco para demostrar lo justificado de mi orgullo y repetir que sigo pensando como cuando lo comenté.

No echés en saco roto lo de entrar pronto en la Academia, no sólo para honrarla, sino para imponer la variación del significado de las palabras que te he dicho y de cuantas juzgues que no se acomodan al que hoy se les da.

Te abraza frater..

Pero no, no; fraternalmente, no. Esa es otra de las palabras que significan hoy lo contrario de lo que el Diccionario dice.

Te estrecha fuertemente la mano tu matusalénico amigo

JOSÉ NAKENS

Independencia periodística

Varias veces he dicho que no soy vanidoso, que rido Bonafoux, y lo he demostrado rechazando cargos y representaciones; mas nunca me propasé á decir que no fuera orgulloso; y me alegro, pues así puedo ahora, sin contradicción, copiar esto que has escrito:

«Con motivo de un escandaloso incidente surgido entre dos periódicos de Madrid, incidente que en otro país hubiese dado margen á una *enquête* periodística, Nakens ha podido escribir:

«Si EL MOTIN había de alcanzar gran tirada caían ante la injusticia, ocultando la ver ad, recibiendo sumiso admisión de la gentriza nea, ¡bien haya este mi orgulloso acomodamiento con el modesto pasar que me da la independencia tan necesaria al escritor para cumplir su misión honrada! ¡Bien vendrán sean las contrariedades y los duros los apuros que me permitan exclamar:

Yo, soy yo. No lo que otros quieren que sea».

«Sin llegar, por lo posible, al puritanismo de un *Le mis Blanc*, quien no publicaba anuncios en la cuarta plana de su periódico sin enterarse de si los anunciantes eran fidedignos y de si las cosas anunciadas eran realmente lo que rezaban los reclamos, creo que todo periodista tiene el deber de poder decir lo mismo que ha dicho Nakens. Pero... ¡cuán contados son los que pueden decir otro tanto en toda España! ¡Cuán raros los periodistas independientes, dignos, honrados! Periodista español no sólo es, como he dicho en *Vida Nueva*, sinón *me de criado*, sino que generalmente es sinónimo de *canalla*, de alma baja, rastreada é ingrata. Con raras excepciones, á lo Nakens, el periodista español es un trapo que sirve para sacudir el polvo de la mesa de la redacción, lo mismo que para limpiar la tapadera del retrete de donde el director de la publicación informa al público.

«Nakens no nació para esos oficios. Con mucho talento, con pluma tan vibrante como enérgica y con conciencia cerrada á toda snerte de acomodamientos con el adversario, Nakens no podía *hacer carrera* en la capital de las composendas, de las *combines*, de las farasas, de los distintos, de todas las ecorias que forman la extraña social de Madrid, y abandonado de los suyos, de los mismos que tenían el deber de alentarle y sostenerle en la breña, Nakens á la edad en que el hombre busca descanso, á la edad en que *todavía* no se es viejo, sin ser ya joven, tiene que pensar seriamente en el día de mañana y trabajar duramente para vivirlo.

«Esos consuelo es para la mayoría de los periodistas, pero acoja Nakens el respeto que le tributan amigos y enemigos.

« Ás de una vez he pensado en medio de la pobreza y soledad de mi vida, que Nakens ha llamado á la puerta de casa, que he visto su fisionomía de rudo combatiente á través de la verja que me separa del mundo, y que yo, en quien es casi morboso el deseo de un artamiento, he salido de prisa, á recibirle en mis brazos; que le he dado sitio en mi pobre casa y en mi escasa mesa, y mi pluma para escribir, honrándola, todo cuanto piensa y siente; que le he cuidado como se cuida á un herido en el combate de la existencia, y que he ido en búsqueda de las mismas gentes de quienes sistemáticamente me aparto, para decirles alborozado y orgulloso:

Tengo á Nakens en casa».

Te explicarás ahora, Bonafoux, lo inmenso de mi orgullo, al ver que necesito para satisfacerlo cosas como esa última que me dices. Porque «Grande sería, en efecto, para mí representar la escena que me pintas.

«Ligar cansado, vencido, á la puerta de tu casa, echarme en tus brazos y decirte: «Aquí me tienes. Vengo á acabar mis días lejos de España; no por imitar al latino de «¡Egrata patria, no poseerás mis huesos», sino por tener la seguridad de que me ce-

rraría los ojos un hombre que tampoco creyó nunca en la omnipotencia del dinero, ni se humilló ante el éxito ni hipotecó su independencia... Sería un llegar, un abrazar y un decir digno de los dos.

Más como para esto era preciso que yo me rindiese, y aspiró á que, ya que no otra cosa, pueda decirse de mí aquello de *fué el de la muerte su primer desmayo*, sospecho que no se presentará la ocasión de que tu pluma y la mía, de las que pudieramos decir lo que Quintana de su lira,

Lira que nunca adormeció á tiranos, corran juntas en un modesto despacho de una modesta casa de los alrededores de París. Y es una lástima, porque saldría perfectamente juzgada la chusma que ha puesto en trance de muerte á esta nación deventurada.

Y dicho esto, voy á referirte algo que hice allí por el año 1879, pues viene á cuento aquí; incidente que había olvidado ya, que me recordó Manuel Troyano hará cuatro ó cinco años:

Era propietario de *El Globo*, por venta que le hizo su fundador Serapio Díez, un señor que no carecía de ilustración, pero extraño completamente al periodismo, y que nombró director á Martin de Ollas.

Una tarde estábamos en la redacción Troyano, Arimón, Eduardo Palacios, Antonio del Val, el propietario y yo.

Del Val, primo hermano de Castelar, y uno de los hombres más buenos y mejor educados que he conocido, hacía en el periódico la crítica musical; recayó la conversación sobre música, y yo continué escribiendo, por entender poco de ese arte.

El propietario, gran aficionado, y que además quería apoderarse de la butaca del crítico para coquetear con las coristas entre bastidores, convirtió la discusión en disputa y lanzó alguna palabra poco diplomática.

Alcé la cabeza, y, sin mirar siquiera al propietario, le dije al del Val: «¿Para qué discute usted con ese señor?»

—¿Cómo! exclamó el aludido; ¿no puedo yo tener voz en mi periódico?»

—No, señor; ni voz ni voto. ¡Pues no faltaría ya más sino que permitiésemos que los propietarios discutieran con los lectores! Contentase usted con pagar, úrico lezo que debe existir entre usted y nosotros; y cuando quiera hacer observaciones sobre el trabajo de alguno, que sea siempre por conducto del director, única autoridad que reconocemos.»

Comprenderás, Bonafoux, que intercalé en ese texto algunos calificativos que no se distinguían por su corrección ni me acreditaban de prudente; tanto, que en poco estuvo que no saliéramos de allí apadrinados el propietario y yo. A los pocos días me echaron de *El Globo*.

He referido este episodio de mi vida periodística, para darte una idea de la pena con que veré, ó mejor dicho, sabré lo que por esas redacciones ocurre hoy.

El propietario es para la mayoría de los redactores una especie de Gran Lama; se procura agradarle, no sólo por ver si al cabo de cinco ó seis años de innútilos servicios se digna aumentar cinco duros á los 25 ó 30 de su sueldo mensual, sino por no incurrir en su enojo, que se traduce casi siempre en cesantía.

Eso es vergonzoso, pero consecuencia lógica de esto otro:

«Hoy el periodista es un jornalero. La altivez que nace de la convicción, el respeto que inspira el que se respeta á sí propio, la independencia que se basa en el conocimiento del personal valer, cómo han

de sentirlo ni imponerlo esos desdichados que van de un periódico republicano á un conservador, desde éste á un carlista, ó á un liberal, ó á un ultramontano, y que en todas partes hacen labor fía, sin pasión, como la mujer pública se entrega automáticamente á todo el que le paga á precio de tarifa?»

Lo primero que pierle el que esto hace, es la estimación á su persona; desprecia después las ideas, por suponer que todos las profesan al modo suyo; se convence de que moralmente es un zascandil é intelectualmente un alquilón, y, ya en ese estado, únicamente se cuida de la manera de sacar un sobresueldo, ya vendiendo el elogio, ya cotizando el silencio, y todo para comer patatas en su casa si tiene familia, ó un trozo de carne en un café ó una taberna si no la tiene. Desgraciados que arrastran una vida miserable é indigna, pudiendo en otra ocupación hallar sin vilipendio lo que necesitaran para no morir de pronto.

Los otros, los que ocupan los puestos más preeminentes en las redacciones, tampoco, en su mayoría, sienten hondamente las ideas que defienden; de aquí que nuestra prensa cansa y aburra, y únicamente se busque en ella la noticia de la guerra, del crimen, del suicidio, lo que distrae ó apasiona por la mañana y á la noche se olvida. Estos redactores alcanzan actas, puestos en consejos administrativos, entradas en los teatros, facilidades para muchas cosas menudas; se acomodan á este modo de vivir, pasivo hasta cierto punto, y lo mismo mueven la pluma en favor que en contra de un hombre ó de un partido; é interés del periódico en que escriben les impone invariablemente la norma de conducta.

Esto es hoy, Bonafoux, la Prensa en España, con pocas excepciones de periodistas y menos aún de periódicos. Y como yo no sirvo para ponerme al diapason; como prefiero á todo la hermosa independencia que tanto cuesta, pero que tanto encanta; como soy tan perfecto egoísta que pienso en mí antes que en mi conveniencia; como sospecho que aun cuando quisiera no podría escribir sino lo que siento, no es realmente en mí gran mérito hacer lo que hago.

Alguien me ha dicho que estoy pasado de moda, y pocas veces he sentido satisfacción mayor; pues si la moda es lo otro, lo que hacen casi todos, me hallo tan elegante con el figurín atrasado de las ideas que profeso, que únicamente siento no ser joven para poder lucirme durante muchos años más con él.

1890

Mi opinión sobre el problema social

¿Me permite el lector que yo le dé mis opiniones sobre la cuestión social? Para mí toda la cuestión social se reduce á una cosa: que el hombre no quiere trabajar y que es preciso que trabaje. El hombre no quiere trabajar doce horas, ni ocho, ni cinco, ni dos; no quiere trabajar absolutamente nada. Pretender establecer el trabajo colectivo como base de la sociedad futura me parece, por lo tanto, un absurdo.

Toda la civilización no es más que una lucha desesperada del hombre para no tener que trabajar. Si se han inventado máquinas, si se han canali-

zado ríos, si se han domesticado animales y si se han blanqueado negros, ha sido con el único objeto de que los negros, los animales, los ríos y las máquinas trabajasen por nosotros

—¡Lo que inventan los hombres para no trabajar!—decía el baturro del cuento viendo cómo un pintor copiaba el paisaje.

Y, en efecto, los hombres han inventado mucho y han trabajado rabiosamente para emanciparse de la horrible esclavitud del trabajo. Han creado el arte, la ciencia, el papel moneda y hasta algunas enfermedades infecciosas...

Claro que los obreros hacen bien en pretender que todo el mundo trabaje. Cuando trabaje todo el mundo, cada hombre trabajará menos, y el dolor de los más será atenuado, pero...

Pero en la sociedad actual uno tenía siempre una esperanza de liberación, y en la sociedad futura no la tendrá nadie. El mal será menor, pero lo hará parecer mil veces mayor su carácter de mal ineludible. Hasta ahora, uno podía siempre pensar, según sus aptitudes ó sus aficiones, en cometer un crimen, hacer una estafa ó instalar una fábrica de vidrio y salvarse. Salvarse á costa de los otros; pero salvarse al fin. Mañana, en cambio, no habrá posibilidad de salvación para ninguno de nosotros. Todos tendremos que trabajar seis horas ó cuatro horas ó dos horas; pero tendremos que trabajar, y la cuestión social seguirá en pie.

Hasta que unas máquinas maravillosas nos lo hagan todo... y mientras no se den cuenta de que las explotamos.

JULIO CAMBA

El Sol.

HONESTIDAD

II

(Conclusión.)

¡La honestidad! Malos ejemplos nos ofrecen los moralizadores católicos. Ahí está para probarlo la Sagrada Escritura, hecha según ellos por divina inspiración. Allí se leen con gran abundancia de detalles la deshonesta infidelidad conyugal de Abraham; la desaprision de las hijas de Lot que embriagan á su padre para hacer con él cosas que las plumas ateas no se atreven á describir; la incontinencia poligámica de Jacob siendo huésped de Labán; el desenfreno de Sicheu con la joven Dina afrentando al pueblo de Hamor; el adulterio de la concubina del Levita, atrepellada después por los varones de Gaaba; los incestuosos deslices de Amnón; y tantos y tantos otros ejemplos de manifiesta deshonestedad que empañan la augusta santidad de la Escritura. No menos indecorosos son los ejemplos de los clérigos en ciertas épocas de la Historia. Los desórdenes clericales obligan á la Iglesia en varias ocasiones á dictar severas medidas y castigos numerosos, á juzgar por el testimonio de los historiadores católicos. En otras son los mismos papas los desmoralizadores y se ven en el siglo IX ocupar la silla pontificia al licencioso Bonifacio VI, varias veces expulsado de la Iglesia por inmoral; en el siglo siguiente á Sergio III, amante de la

cortesana Teodora; en el siglo XV, al español Alejandro VI, Rodrigo de Borja, padre de hijos ilegítimos con Rosa Vezzona y amante de su hija natural Lucrecia. ¡Qué elocuentes resultan semejantes ejemplos contra la farsa de la honestidad de los católicos moralizantes de hoy! Cuando los libros santos, el sacerdocio y el papado dan tamaña prueba de inmoralidad ¡qué moralista católico puede hablar de la moralidad fundadamente ni intentar siquiera poner cánones á la forma de los vestidos ó al derecho de las damas á mostrar la blancura de su cuello ó de su brazo? Vestir á la mujer al uso de la Edad Media, oprimiendo, desfigurando las formas naturales del cuerpo con antihigiénicos ropajes; hacer que se mire y desprecie el cuerpo como cosa pecaminosa, indigna de atenciones y cuidados, esa es la intención ideal que se adivina en las instrucciones episcopales dadas á la Junta de Damas Españolas. Los médicos, no los sacerdotes, son quienes habrían de fijar, en último caso, la conveniencia ó inconveniencia de ciertos vestidos por razones de higiene. Y seguramente jamás aconsejarían los médicos el uso de vestidos que cohibieran el libre movimiento de los miembros para aprisionar el organismo entre inartísticos ropajes. Aquellos trajes holgados y cómodos de los paganos, que dejaban en completa libertad los movimientos del hombre y permitían ver las formas corporales, eran más bellos, más artísticos y más higiénicos que los actuales. Fué preciso que el cristianismo triunfara para que la gazoñería, la falsa moral, impusiera trajes inestéticos y antihigiénicos y costumbres del todo ilógicas, en pugna con los derechos de la Naturaleza. A la sociedad y descuido del cuerpo se les culrió entonces, como ahora se pretende de nuevo, con el manto de la honestidad.

¡La honestidad! Está en lo natural, en lo íntimo, en lo artístico, en lo bello, en lo verdadero. Lo que se encubre, lo que se oculta, lo que no se quiere mostrar á la vista, lo que se rodea de misterio, empieza ya á ser una peligrosa ficción que da origen á la suspicacia y la picardía. La Humanidad ha cometido durante largo tiempo el duro pecado de hipocresía. Ha habido hipocresía en el arte, hipocresía en la religión, hipocresía en el trato, hipocresía en el vestir, hipocresía en el hablar, hipocresía en el enseñar, hipocresía en el aprender. Y se intenta todavía hacer de la honestidad el equivalente de la hipocresía con cánones que trascienden á tenebrosidad conventual ó á incienso de obispado. Las gentes de buen sentido deben despreciar por absurdas semejantes impertinencias de los que tienen deformado é invertido el sentimiento de lo bello y de lo verdadero.

VOLNEY CONDE PELAYO

Hachas y coronas

¡Qué alegres marchan los vivos camino del campo santo!
Cargados van de coronas, hacheros, cirios y ramos.
¡Cuántos adornos! Los muertos son insensibles ó ingratos si no retozan de júbilo bajo sus losas de marmol.
Arde la cera en los nichos, brillan los flecos dorados, y el vientecillo circula acariciando los pábilos, haciendo oscilar las lámparas

que cuelgan como incensarios, moviendo cintas de seda, besando flores de trapo.

Hacen en los panteones guardia de honor los lacayos, que la ciudad de la muerte tiene también sus palacios, y momias de alto linaje, banqueros embalsamados, calaveras distinguidas y huesos aristocráticos. Parece, al ver en las losas coronas y candelabros y más allá sepulturas sin cruz y sin epitafios, que hay muertos llenos de vida y muertos bien enterrados; ¡Oh cómo gozan y bullen en la mansión del descanso sobre las tumbas las gentes, y en las tumbas los gusanos! Ya los blandones humean, crujen las faldas de raso, se oyen resposos, requiebros, ayes del alma y sarcasmos. ¡Dolor! Sal del cementerio y huye á un templo solitario, que entre el estruendo y el lujo sienta mal tu rostro pálido.

La noche llega: recógete, y vierte á solas tu llanto mientras arruyan tu sueño, cuando te duermes rezando, el doblar de las campanas y el cantar de los borrachos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON

Sección de milagros

«Deseando San Juan de Dios dar muestras de agradecimiento á lo mucho que debía á la Sagrada Virgen María, determinó visitar algunos de sus más célebres santuarios; entre otros visitó aquel tan nombrado de Nuestra Señora de Guadalupe. Llegó á la iglesia á tiempo que estaba sola, y postrándose humildemente, adoró en primer lugar al Santísimo Sacramento, y en segundo á María Santísima; pero por estar tirada la cortina, no podía ver la santa imagen, ni se atrevía á pedirlo al sacristán, por parecerle no lo haría por él; tanta era su humildad (ni era im prudente su juicio, porque como no vean oro, plata ó galas, ya suelen los sacristanes hacerse mucho de rogar). Iba el santo como un pobre desdichado, y así recelaba prudentemente lo que se vio después. Continuaba el santo su oración, y habiendo dicho algunas, empezó por la Salve; cuando llegó á aquellas palabras «Vuelve á nosotros esos tus ojos», se corrió la cortina ella misma, y vió el santo la imagen. Al ruido acudió el sacristán, y sin pensar lo que podía ser, hizo juicio que aquel hombre que estaba solo en la iglesia había llegado al altar, y para robar las joyas había corrido la cortina; ayudábale á su temerario juicio verle tan róto y mal vestido. Encendióse en tal furor contra el pobre santo, que tomando un palo, empezó á maltratarle, diciéndole palabras muy injuriosas; y después de haberle tratado tan mal de palabra y obra quiso pasar á la de sacarle á puntillazos de la iglesia; pero al levantar el pie se le secó y dió en el suelo. Aquí fué cuando reconocido de su imprudente y temerario juicio, y de lo que atrevidamente le había maltratado, empezó á llorar su culpa, y á pedirle perdón al santo diciéndole, «rogase á Dios por él». Compadeciéndose el santo de su miseria, y le dijo «rez se una salve en satisfacción de su

pecaó, que la Virgen le curaría». Hizolo, y quedó sano. Así que el prior del convento supo por relación del mismo sacristán el caso, y cómo el santo le había curado, le hospedó con gran cariño, y corrigió severamente al sacristán.»

Admiro en este milagro el que la cortina se descorriese para que San Juan de Dios *guipase* los *clisos* de la Virgen, pero no el que el sacristán lo injuriase y apalease al verle tan pobremente vestido; para las gentes de Iglesia, especialmente para los sacristanes, la indumentaria del individuo influye mucho en el juicio que forman acerca de su honradez.

Lo que no me parece bien, es que el santo fuera tan generoso que influyera en que la pata con que trató el sacristán de darle una coz volviera á su primitivo estado: debió pensar en que la utilizaría su dueño para agredir á cualquier otro santo que pudiera haber ido á visitar á la Virgen.

Ultima hora

Los patronos declararon el lunes el anunciado *lock out* en Barcelona.

Los sindicalistas dicen que ha sido un fracaso.

El Gobierno cree que todavía pueden llegar á una avenencia obreros y patronos, puesto que ayer miércoles se pusieron al habla.

Me alegraré que así suceda y que dure el arreglo.

Para bien de ellos y de los que no somos patronos ni obreros.

¡Eche usted voces!

Telegrama fechado en Cádiz el 22 del mes último:

«Durante la pasada noche estuvo la catedral repleta de fieles de la Adoración Nocturna.

Asistieron el cardenal Almaraz y representantes de 46 capitales y ciudades de España.

Hoy celebró el obispo de Córdoba y cantaron la misa doce mil voces.

Por la tarde celebrárase un concierto en la iglesia de San Felipe.»

¡Doce mil voces!

Si los sonidos de esta clase llegaran al cielo, que se dice que no, tal vez recordara Jesús al oír esas voces, la cabalgadura que montó al entrar en Jerusalen.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Luis Sánchez Cuervo, Madrid, 50; presetas. Antonio Ballesteros, Villanueva de las Minas, 5; José Martínez Caballero, Pueblo Nuevo del Terrible, 4; Un íntimo amigo de Belmez, 2; Arsenio Torrella, Ayora, 4; Liborio Taberna, Santesteban, 25; Constantino Villar, Salamanca, 25; Manrique Fernández, Bouzas, 2.

Imp. Genérica. San Leonardo, 8.